

## La isla del tesoro

### Episodio 14. El proceso

**Locutor:** El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, *en 2020*.

**Narrador:** *¿Qué es un proceso jurídico?*

*¿Un sistema estructurado que se utiliza para resolver disputas legales y administrar justicia?*

*¿El conjunto de pasos y procedimientos que se siguen para llegar a una decisión legal o la resolución de un conflicto?*

*¿El método que permite acceder a la verdad jurídica?*

*¿Lo que asegura en un litigio el respeto de los derechos de todas las partes involucradas y la aplicación imparcial de la ley?*

Que por fin libre soy, por fin el alma,  
y culpable confeso de una vida  
que es placer y manjar bajo la herida  
y tempestad y ardor bajo la calma.

Un canto libre que el dolor ensalma,  
canción tierna y urgente y sin medida;  
como tu luz, como tu voz querida  
cantando en el trenzado de hilo y palma...

El último soneto de Sabino Díaz hablaba, como muchos otros, de su amor por Paula, pero, irónicamente, hablaba también de la vida y la muerte. Como si ese día Sabino presintiera que había visto su último amanecer.

Paula lo leyó en silencio. Su mirada, antes dulce y jovial, parecía derramarse sobre la hoja manchada.

Después se fue a hablar con Gabriel. Y después con la Doctora Soto. Y después con la familia de Sabino.

Paula estaba embarazada. Y aterrada.

Nunca lo imaginamos siquiera. El extraño visitante humano, muchas veces avistado por los perros y el gato, habitaba una cámara en la cueva detrás de la cascada, el lugar de donde un día extrajimos el veliz de Gerardo Nieto. Por eso la irritación de las mascotas, por eso la visión fantasmagórica del pequeño Eliseo. Por eso algún día encontré revueltos los cuadernos que guardé muy cerca de la boca de esa cueva.

Por más cuidado que puse en revisar aquel espacio la primera vez que estuve ahí, no me pude percatar del acceso a la cámara que habitaba el extraño, el umbral lateral de un túnel, disimulado por ramas y hierba entreveradas.

Hace cuatro días lo encontramos. No supo eliminar las manchas de cera de los cabos de vela extraídos de las mochilas que robó. Y no supo borrar los rastros de sangre, de su sangre y la de Sabino Díaz, marcas de aquel infausto día en que luchó con él y acabó con su vida arrojándolo a las piedras de El Faro.

La mañana de aquél día, el extraño había sido descubierto por Sabino a unos metros de la caverna del faro, donde había pernoctado. Con rapidez giró su onda y propinó una pedrada a la cabeza del poeta, quien se desmayó con el silbato de alerta entre

los labios. Luego el extraño subió, y cortó las correas de seguridad con la navaja hurtada del taller de deshilado.

A punto de consumarse el crimen, Sabino recuperó la conciencia y se defendió hiriendo con la misma navaja el brazo de su atacante.

Pudo más la corpulencia y la desesperación del extraño. Silenció de un puñetazo al vigía, le asestó un tajo en la nuca y lo arrojó al vacío.

La voz inarticulada de Sabino, su débil grito en la caída quedó camuflado por la intensa barahúnda de los pájaros. Anunciaban tempestad, no celeste sino humana, no en el mar, si no en la tierra.

Todo esto lo supimos por boca del victimario, capturado y apresado, que suponiendo el patíbulo, la venganza, un violento linchamiento, devino en asustado suplicante de piedad.

Su nombre es Lester. Y llevaba semanas viviendo cerca de nosotros, alimentándose de lo que podía hurtar sin ser notado.

Hacia meses que llegó a la isla, con un grupo de unas 30 personas, parte de las 40 que navegaban una noche a casi 100 millas de las islas Cook.

No sabían cómo o por qué despertaron en la playa, algunos de ellos amarrados a maderos, a lanchas y aros salvavidas. Nadie tenía memoria del momento del naufragio.

Entre lo que el mar arrojó con ellos, hubo cajas de caudales, barriles de ron y algunas armas.

Y entre las víctimas de aquel naufragio había personas muy pudientes, una buena cantidad de servidumbre y algunas otras personas más bien serviles. Lester Taylor era una de ellas.

No bien llegaron, comenzaron a separarse. Las diferencias sociales y los prejuicios insalvables hacían imposible la convivencia y el acuerdo.

La promesa de fortuna hizo que algunos permanecieran al lado de una tiránica familia de ricos comerciantes, descendientes de un tal Fletcher Christian, personaje legendario en el Pacífico Sur.

Varias de las personas que se separaron de aquel grupo fueron literalmente cazadas por los esbirros de la familia Christian. Luego fueron esclavizadas, sacrificadas o ... devoradas.

Lester Taylor, joven marino tripulante del pequeño buque HMS Eurídice III, escapó, y atravesó la muralla natural de piedra de nuestra isla por un túnel subterráneo con salida en plena Bahía de las Esferas.

Acordamos procesar a Taylor, decidir su condena de cara a la comunidad y su ley.

Buscando asignar a alguien su defensa, Lidia Torres nos sorprendió otra vez, asumiéndola.

Lester Taylor no es parte de la comunidad, pero era humano, como nosotros, y la Señora Árbol se ocupó de hacernos pensar en las consideraciones que debíamos tener, no para él, si no para nosotros, al interpretar todo aquello que dio origen a nuestra ley. Una ley humana, para lo humano. Una ley sustentada en la enorme dignidad del anhelo de vivir.

Definimos un grupo de personas para actuar en calidad de jurado, erigimos al Consejo como tribunal.

Se investigó, se recolectaron evidencias, testimonios, pruebas.

Se reflexionó. Mucho. Fuimos construyendo, a conciencia, un proceso para juzgar a Lester Taylor, como eventualmente podríamos llegar a juzgar a cualquiera de nosotros.

Sobre la estera en que duerme Paula Herrera, los tercetos finales del último soneto de Sabino Díaz yacían en el papel manchado:

Lobo de mí, me iré y me iré saciado  
con esperanza y risa entre las fauces;  
seré amor que tus manos han hilado.

Seré bosque y rivera, seré sauce,  
ceiba, chopo y delirio en ti inundado.  
Seré tronco y tú arrollo, río, cauce.

**Locutora:** A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

**Narrador:** La Isla del Tesouro.

**Locutor:** No te pierdas el próximo episodio.